



Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

La de los lunares, por MEDINA VERA



SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO
por Félix Limendoux.

LOS CREYENTES
por Manuel Soriano.

EL AMIGO X
por Constantino Gil.

BALADA DE LOS GOLFOS
por Eduardo Marquina.

¡DORMIDA!
por Antonio Osete.

OTOÑO
por Santiago Iglesias.

INTENTO DE SUICIDIO
por Luis Sánchez Aláez.

SIN APUNTADOR
por Rocambole.

SENTIMIENTO ETERNO
por Pierre Verin.

SEGUNDO CERTAMEN
de MADRID CÓMICO.

LIBROS RECIBIDOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS

*

GRABADOS

LA DE LOS LUNARES
por Medina Vera.

TRES BESOS
por Santana Bonilla.

LA VISITA A LOS CEMENTERIOS
por Méndez Alvarez.

BALADA DE LOS GOLFOS
ilustraciones, de Rinconete.

LAS PRIMERAS AGUAS
por Guillaume.

¡ORDAGO A LA GRANDE!
historieta, por F. B.



Tengo dos lunares,
el uno junto a la boca
y el otro... ¡ni Dios lo sabe!

15 CÉNTIMOS

MADRID
Tres meses, 3,50 ptas. — Seis id., 4,50. — Año, 8.
PROVINCIAS
—; Semestre, 5 ptas. — Año, 9. —
Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 m|m

 Madrid Comico
OFICINAS: DONDEPION JERONIMA, 10

UNION POSTAL
—; Un año, 15 pesetas. —
VENTA
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25
Anuncios extranjeros: Ptas. 0,35 línea de 45 m|m

SE SUSCRIBE EN LA ADMINISTRACIÓN Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

De todo un poco.

Hay que entristecerse.
La nota de la semana es eminentemente fúnebre y no conviene desentonar.

Ayer se despobló Madrid cumpliendo el sagrado deber de visitar a sus difuntos; entre poner coronas y encender faroles y hachas pasó el día esta pobre humanidad que se envanece obsequiando a los muertos, con la inocencia paradisiaca de creer que de este modo conquista sus simpatías para más adelante.

¡Oh! ¡Pero hay muertos que son unos vivos!
Ved si no a Don Juan Tenorio.

Huye de los cementerios ese día, y asoma arrogante en todos los escenarios de España; parece que se remozca al contar en el primer acto sus fechorías de Italia; es más persuasivo en el segundo cuando rinde a la de Pantoja; más audaz después cuando salta las tapias del convento y corre llevando entre sus brazos a la inocente novicia que está para profesar; más apasionado cuando en su quinta de Sevilla abre el alma a las locas expansiones del amor y dice la escena del sofá según se la ha denominado, como si existiese literatura de tapicería; más violento cuando su soberbia estalla ante los ultrajes del Comendador y de Mejía; más cinico cuando a los rayos de la plateada luna pasea por entre los panteones gozándose en su obra de muerte y ofreciendo su casa y su mesa al de Ulloa; más grande cuando éste se le presenta en los momentos horrorosos de la digestión; el mismo de siempre cuando sale a matarse con Centellas, y cada vez más arrepentido en aquel apoteosis solemne al lavar sus culpas en el Jordán purísimo del amor místico...

Recibe a sus admiradores en todos los teatros de España; y no hay ningún compatriota suyo que en tal día deje de visitarle, porque todos imaginan llevar en sí la levadura de un Don Juan.

No hay quien no haya seducido, burlado y cobrado el barato alguna vez en su vida.

Por eso el Tenorio es la nota obligada de estos días.

Las empresas se aprovechan de sus méritos y lo explotan tarde y noche, antes de que el frío espante al público.

Y cuando Don Juan se emboza en la amplia capa, ciñe la tizona y calase el birrete de rizada pluma para emprender de nuevo su marcha al cementerio, ¡los teatros se quedan tristes; muy tristes!.

¡Don Juan se ha despedido del taquillero!

Después de ver el Tenorio hay que cumplir otra misión ineludible. Me refiero a las lamparillas. Pocas serán las casas de la Villa y Corte donde en la noche del día de los Santos al de Difuntos no ardan en tazas, platos, cazuelas y de-

más recipientes de índole parecida, los recortes de naipes nadando en aceite y sosteniendo la velilla encendida por cada uno de los parientes difuntos más ó menos lejanos.

La creencia de que con esto se libra del Purgatorio a las pobrecitas ánimas de la familia, hace que el consumo de aceite sea esa noche extraordinario.

Y cuando de madrugada comienzan las lamparillas a chisporrotear, la familia da por seguro que ha conseguido extraer del Purgatorio, dos ó tres tíos carnales, cuatro primos y ¡un padrastro!

Después de esto hay que volver a la triste realidad.

Y ésta nos ofrece en primer término la lucha inmediata de las próximas elecciones municipales.

Mi enorme amigo D. Alberto Aguilera, ha encasillado más candidatos de los que buenamente pueden ir a la Casa de la Villa, y como forzosamente no han de salir más de los que la ley pide, de aquí que la lucha sea encarnizada (según frase imprescindible) entre todos los consentidos.

De antemano justifico y compadezco a mi (1) amigo D. Alberto Aguilera: le veo recibiendo proposiciones de todo el mundo para las susodichas candidaturas, por aquello de que hoy no hay quien no se cuente con derecho para representar la Villa ó la provincia, sin títulos anteriores que justifiquen semejante pretensión.

Sombrereros, sastres, hojalateros, golfos, parvernos, croupiers, banda general y acompañamiento, todos se encuentran justificados para presentar su candidatura y lanzarla a los cuatro vientos en carteles de color pegados por las esquinas de todo Madrid.

Luego salen... los que quiere que salgan mi (2) amigo D. Alberto Aguilera y los demás se conforman con una plaza de barrendero (sin barrer) ó de apisonador (pisando algo).

Lo seguro es que salgan todos los candidatos socialistas.

D. Alberto quiere que en lo que de él dependa no se diga que las clases proletarias quedan sin representación; y en virtud de este noble propósito irán al Ayuntamiento tanto Iglesias como Quejido.

Aunque ya verán ustedes como resulta que al fin y a la postre hay más Iglesias que Quejidos.

Y eso que ponemos todos el grito en el cielo.

Lo que me da rabia es no haber sabido con tiempo lo del triunfo seguro de los socialistas para haber presentado mi candidatura.

En clase de obrero... de la inteligencia.

FÉLIX LIMENDOUX

(1) Enorme.
(2) Enorme.

Los creyentes.

Era don Atilano católico tan puro, tan ferviente, tan recto, tan cabal y tan cristiano, que por no condenarse, a más de oír diez misas diariamente pasándose en el templo la mañana, solía confesarse lo menos siete veces por semana, Y además de todo esto, que lo hacía para ganar el cielo, único fruto que el bendito señor apetecía, me consta que tenía profunda devoción a San Canuto; un santo milagroso, al que no en vano, fiado en su influencia y eficacia, acudía el señor don Atilano siempre que presentía una desgracia. Pero luego sabía, como debido y natural tributo, pagar cada merced que recibía encendiendo una vela a San Canuto. ¿Que arrasaba un pedrisco las campiñas? ¡Pues una vela al santo! ¿Que infestaba las viñas una plaga cualquiera? ¡Vela al canto! ¿Que era crudo el invierno, siendo imposible soportar el frío? ¡Una vela! ¿Que hacía en el estío un calor comparable al del infierno? Una vela al momento, ¡y de ese modo a su capricho se arreglaba todo!

¿Que como otro cualquiera enfermaba el señor don Atilano? Pues nada de que el médico viniera a ver si le ponía bueno y sano; nada de medicinas, pues todas, según él, eran pamplinas; para curar su mal en un minuto no existía mejor procedimiento, ni otro medicamento, que encenderle una vela a San Canuto.

Cayó don Atilano, cierto día, con una pulmonía, y se asegura que era la pulmonía de esas que tienen la intención de un Miura; y al verle sus parientes y allegados revolverse en el lecho con una fiebre de cuarenta grados, aun contrayendo un grave compromiso, por dejar al paciente satisfecho, lejos de dar aviso al médico del pueblo, como hubiera sido muy oportuno y conveniente en trance tan fatal, tanto más cuanto que una dolencia así no admite espera, juzgaron más prudente poner la consabida vela al santo protector decidido del paciente. —Esto va mal, Cristino, (dijo don Atilano a su sobrino con la apagada voz del moribundo).

La fiebre me consume, me devora, ¡y ha llegado la hora de liquidar mis cuentas con el mundo!
—Tal peligro no existe ni ha existido jamás... ¿esta usted loco? (contestóle el sobrino, mustio y triste, por animarle un poco).
Confíe usted en su santo favorito y no se apure usted, tío Atilano, que ese santo bendito será el que ha de ponerle bueno y sano.
—Pero, ¿qué ha dicho el médico? ¿Qué opina de este mal que me aqueja? Me ha prescrito alguno medicina?
—Nada.
—¿Cómo?
—Si no se le ha avisado.
—Hombre, ¡cosa más rara!
—Yo, tío, la verdad, no le he llamado por miedo de que usted se incomodara... Y como es ese santo milagroso el que siempre le pone sano y bueno... Y el paciente, colérico, furioso, tras de hacer un esfuerzo poderoso, gritó con voz de trueno:
—Sobrino, por piedad, no seas bruto, y si aprecias mi vida enciéndele otra vela a San Canuto, ¡pero avísale al médico en seguida!

MANUEL SORIANO



NATURALISTA



MODERNISTA



ORIENTALISTA

El amigo X.

Pero, señor, ¿quién será ese hombre? Hace más de quince años que me lo encuentro en todas partes, y todavía no sé cómo se llama. Él, en cambio, conoce mi vida mejor que yo, como si la hubiera *compuesto* para publicarla en los periódicos, ó en aleruyas, que á veces viene á ser lo mismo. Apenas pasa un día sin que me salude; los domingos y los días de fiesta nacionales me abraza con cierto entusiasmo, y, sobre todo, siempre que voy de prisa á alguna parte me detiene para preguntarme una porción de tonterías. Recuerdo que cuando entré en quintas le hallé en la puerta de la Diputación provincial, y me dijo estas ó parecidas palabras:—¡Hombre, que sea enhorabuena! Ya sé que es usted *inútil*, y no puede usted figurarse cuánto me alegro. ¡Y por qué ha sido? Pérez me ha asegurado que le faltan á usted tres ó cuatro costillas, y francamente, me ha causado mucho regocijo el saberlo, porque siempre es una ventaja para estos casos, sin contar con que andará usted más ligero y con menos peso que los que tenemos el número de costillas que previene la ley. Además, añadió, eso creo que no le impedirá á usted seguir haciendo versitos, porque según me ha dicho también Pérez, las costillas no intervienen para nada en la caza de los consonantes.

En aquel momento, y cuando yo le iba á llamar ¡animal! me dió una gran palmada en la espalda y se despidió de mí llamándome ¡holgazán! á gritos.

A los pocos días, y con ocasión de hallarme en casa de un amigo mío que acababa de fallecer, volví á encontrarle á X, (le llamaremos así) entre las personas que estaban esperando que sacasen el cadáver para acompañarle hasta su última morada.

Antes de que X. me viera, le pregunté á uno de los parientes del finado:—¿Quién es éste?—No lo sé, me respondió; es la primera vez que le vemos en esta casa; tal vez sería amigo del difunto.—¡Qué lástima! murmuré.—¿Qué! ¡Deplora usted que fuera amigo del pobre muerto?—No, señor; lo que deploro es que el difunto se haya llevado el secreto á la tumba.—¿Qué secreto?—El secreto, respondí, del nombre de ese caballero.—¿Cómo! exclamó mi interlocutor, ¿usted tampoco le conoce?—No, señor; es decir, le conozco mucho, ó, mejor dicho, él es quien me conoce y me saluda siempre con mucha cortesía; pero yo no puedo averiguar su nombre, por más esfuerzos que hago para conseguirlo.

En aquel momento X. me vió y se vino hacia mí como disparado.—¡Hola! ¿Qué tal? me dijo. ¿Con que usted también era amigo del pob. e... que vamos á acompañar?—Sí, le contesté.—¡Ha sido una gran desgracia! me respondió con acento tristísimo. ¡Ahora que iban á entrar los suyos y podían haberle dado un empujón!—Sí, efectivamente.—Y diga usted, continuó X., ¿deja mucha familia?—Ninguna, que yo sepa, repuse asombrado; porque como era sacerdote...—¡Ah, vamos! se apresuró á decirme un poco desconcertado: usted dispense, yo le confundía con otro que hemos enterrado ayer. ¡Soletilla... el pobre Soletilla! A quien usted conocería de fiyo.—¿Yo? le contesté... Supongo que será el inventor de los bizcochos que llevan su nombre; pero no le trataba.—No, no era ése, prosiguió X.; pero ha tenido una muerte espantosa. ¡Figúrese usted que se nos ha ido por momentos, como quien dice! Primeramente se le cayó el pelo; luego se le cayeron los dientes; después las uñas; una tarde estando en el Congreso oyendo la sesión, las orejas; el día de su santo las narices; y así dulcemente, y sin sentirlo, como quien dice, se le ha ido desprendiendo todo; y lo peor es que no ha dejado ni un céntimo á la pobre viuda.

—Naturalmente, le dije; ¡si era tan *desprendido!*...—Mucho, me contestó X., tanto, que para poder enterrar algo y no llevar la caja vacía, hemos tenido que juntar con cuatro puntadas lo que se le había caído el día anterior á su muerte; con lo poco que ya le quedaba, y lo

no mucho que con todo hemos reunido, lo hemos puesto en la caja, y ayer lo enterramos. Nunca, añadió limpiándose los ojos con el pañuelo, se habrá puesto con más verdad sobre una lápida aquello de... «Aquí yacen los restos mortales de D. Fulano de Tal.»

—Efectivamente, le contesté; y deseando librarme de él, salí corriendo de la casa y me metí en el primer coche que encontré á la puerta. Pero... ¡oh sorpresa! X. entraba al mismo tiempo por la otra portezuela, y arrellenándose á mi lado, encendió un pitillo, y me dijo á la vez que el coche se ponía en movimiento:—¿Usted es hermano de San Justo?—No, señor, respondí; ese santo no era de mi familia.—No digo eso, me contestó él; quiero decir si es usted hermano de la Sacramental que lleva ese nombre.—Tampoco.—Pues debía usted hacerse, porque por una pequeña cantidad que se paga todos los meses, la Sacramental se encarga luego de todos los gastos, desde la conducción del cadáver, compra de sepultura, etc., etc., hasta los bombos en los periódicos; de manera que es una gran comodidad, porque mañana se muere usted, y ya no tiene que ocuparse de nada.—¡Clarol Si me muero es probable que ya no me ocupe...—¿Y escribir?—continuó X. llenándose los ojos de humo. ¿No escribe usted ahora nada?—No; ahora ya ve usted, repuse enseñándole las manos.—Vamos, no sea usted tan bromista; yo lo digo porque... desde que se ha casado usted se ha vuelto estéril completamente.—¡Hombre, no! le respondí. Me parece que tengo un niño.

En aquel momento llegábamos al cementerio, y yo tuve buen cuidado de marcharme de los primeros para que no me pescase otra vez.

Hace pocos días volví á encontrármelo en la Carrera de San Jerónimo; me echó el brazo por encima del cuello y me detuvo.

—¿Viene usted?—me dijo.—¿A dónde?—le respondí casi con malos modos.—Pues al entierro del general... (un general muy valiente que había fallecido el día anterior á consecuencia de un susto).—Pero, hombre, no pude menos de decirle; ¡usted se pasa la vida enterrando gentel!—Sí, señor; me contestó; es mi especialidad: así he hecho todas las relaciones que tengo. Muere cualquier persona conocida, allí estoy yo; subo á la casa, velo el cadáver, si es preciso, lo amortalajo si hay necesidad, como con la familia, si hay necesidad, y como el difunto no ha de desmentirme, pondero lo mucho que nos queríamos, y si hay necesidad...—¿También cena usted con la familia?, le interrumpí.—Sí, señor; yo me resigno á todo. Luego, al día siguiente al entierro, y á los pocos días al funeral; me pongo al lado de las personas que valen, hablo del difunto, lo elogio, ó lo pongo verde, según con quien hablo, y poco á poco todo el mundo se va acostumbrando á verme, y todos acaban por ser íntimos amigos míos. Con decirle á usted, prosiguió, (por supuesto sin quitarme el brazo del cuello, para que no me escapase), que Sagasta no sabe todavía quién soy yo, y está á punto de darme un destino...—Lo creo, porque si lo supiera..., le respondí.

Pero él no se enfadó, y quitándose la mano del cuello, se cogió familiarmente de mi brazo, y me dijo riéndose:—¡Eal! ¿Con que viene usted al entierro?—No, señor; ya no voy á más entierros, repuse dándole un ligero empujón. Me cargan y me entristecen. ¡Con decirle á usted que si voy al mío iré á la fuerza, y porque no digan! ¡Con que déjeme usted en paz!—Pues yo, me respondió él alegremente y queriendo volver á cogerme por la espalda, cuente usted con que iré al suyo, y con mucho gusto.

Ahora... ¿creen ustedes que el tipo es invención mía? Pues no hay tal cosa. Ahí está... no; no digo su nombre, porque ya ha sido ministro, hace muchos años. Lo malo es que ha tenido herederos, y el que yo conozco, digo, el que no conozco, debe ser uno.

CONSTANTINO GIL



A alumbrar al muerto y á alumbrarse el vivo.



A consolar al muerto.



A copiar epitafios para la prensa.



A levantar un muerto.



A llorar por los papás.



A ver si hay un nicho vacío.

Balada de los golfos.

habladme todos — no os dé vergüenza —
¡bravo! dejadme que me convenza
de que sois viles.

¡Pobres muchachos! yo he de mostraros
el gran remedio de vuestras penas;
sagradamente quiero educaros,
¡pobres muchachos! yo he de mostraros
vuestra riqueza.

¿Nadie os lo ha dicho? Bajo esas ropas
deshilachadas, corre la sangre;
¡tended las manos á vuestras copas!
¿Nadie os lo ha dicho? ¡Bajo esas ropas
tenéis la carne!

¡La carne ubérrima, la carne viva!
y carne y sangre vuestras entrañas;
cuando os desprecie la raza altiva,
gritadle: ¡somos la carne viva
que os amenaza!

Y entrad en vuestra carne sangrienta
y oid el ruido de vuestra sangre;
¡niños de larga faz macilenta,
entrad en vuestra carne sangrienta
y hacéos grandes!

¡Sed los esposos de las pasiones!
y bajo el forro de vuestras venas
— ¡gloria á los músculos y á los tendones —
sed los esposos de las pasiones
contra las vírgenes de las ideas!

No creáis nada, no aprendáis nada,
salvajes míos, niños feroces;
retad á todos con la mirada,
y, en todo nuevos, no aprendáis nada,
mis lobos jóvenes.

Sed criminales y hacéos fuertes,
mis pequeñuelos, mis redentores;
vais como piedras rodando inertes;
pero ya es tiempo de haceros fuertes
entre el ejército de las pasiones.

Yo mi esperanza pongo en vosotros
los dominados del corazón,
y — triunfen unos ó triunfen otros —
yo tendré siempre para vosotros
una canción.

EDUARDO MARQUINA



Venid, yo tengo para vosotros
también un poco de corazón;
mientras riendo pasan los otros,
venid, yo tengo para vosotros
una canción.

¡A ver! mostradme los dientes blancos,
los ojos grandes, los pies deformes
y los harapos sobre los flancos;
¡a ver! mostradme los dientes blancos
de lobos jóvenes.

¡Bravo! dejadme que me convenza
de vuestros odios y vuestros crímenes;



¡Dormida!

LAS PRIMERAS AGUAS, por GUILLAUME

¡Dormida! ¡Qué ventural
Así podré gozar de tu hermosura
sin que los rayos rojos
que tu mirada límpida fulgura,
cual los rayos del sol, cieguen mis ojos.
Con fiebre en la cabeza
y palpitando el pecho,
fiel acero al imán de tu belleza
con vacilante pie llevo á tu lecho,
y ¡oh Dios! ¡cuántos primores
ofreces á mi anhelo,
á pesar del tupido, torpe velo
que envuelve tus contornos seductores.
Tu faz, por tu cabello circuída,
que desde el lecho sube
á la almohada mullida,
páreceme á mi vista suspendida
una estrella en el fondo de una nube;
y el placentero ceño
de tu serena frente,
con la paz de tu labio sonriente,
me dicen, dulce dueño,
que es un sueño de amor tan dulce sueño.
¡Oh! ¡Quién pudiera en calma,
salvando humanos velos,
penetrar en el cielo de tu alma
y gozar de la gloria de esos cielos!
Siempre fuiste tú hermosa;
mas hoy te presta el sueño tal encanto,
que de tí recelosa
repliega el alba su lumíneo manto
y huye de tu ventana silenciosa.
Si aún existe en la vida
quien torpemente advierte
que es el sueño la imagen de la muerte,
es porque no te ha visto á tí dormida.

ANTONIO OSETE

Otoño.

Guardada está en las trojes la cosecha,
premio al afán del labrador honrado,
y otra vez apercibe el corvo arado
que traza en los barbechos honda brecha.
La vid, entre sus pámpanos estrecha
los racimos del fruto sazonado,
henchidos del licor almidonado
que suelta en el lagar la uva deshecha.
Reverdecen los valles y las lomas
con las lluvias que esponjan el retoño
del bosque donde arrullan las palomas.
Rojo como el coral brilla el madroño
y embalsaman el campo los aromas
que difunden las brisas del otoño.

SANTIAGO IGLESIAS



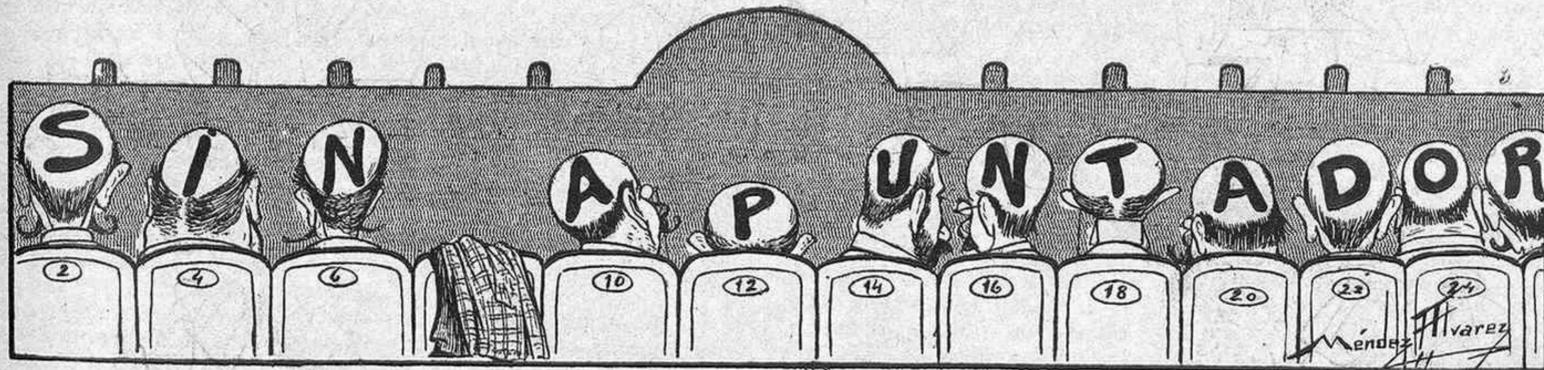
Respetando la moda que me obliga
á recoger la falda sobre el brazo,
cuando quiero enterarme de si llueve
suelo dar, sin querer, este espectáculo.

Intento de suicidio.

¿Con que tu altivo corazón no cede?
Pues bien, hermosa ingrata,
yo no puedo vivir, y el que no puede
la triste vida soportar, se mata.
Me mataré, puesto que tú me dejas
abandonado á mi destino infame
y de mi lado sin piedad te alejas,
aunque con voces de pasión te llame
mi enamorado corazón... ¡Ya es hora
de que la muerte, generosa amiga,
cure la pena atroz que me devora
como una fiera á quien el hombre hostiga!
¡Yo no puedo vivir sin tu cariño!
Tu santo amor es á mi vida insana
lo que es el seno de la madre al niño,
lo que es la luz á la pupila humana.
No hay en el mundo para mí (y perdona,
pues ya lo digo por la vez postrera)
felicidad más grande y verdadera
que ser el dueño de tu amor, Ramona.
Quise decir Elena, hermosa mía;
mas tan turbado estoy, que disparato.
¡Adiós! No olvides que por tí me mato,
y ve á llorar sobre mi tumba fría.
Ve á mi sepulcro, y que tu boca pura
deje en la tierra bienhechores besos
que, penetrando en la oscuridad obscura,
presten calor á mis pelados huesos.
¡Adiós, Elena! ¡Para siempre adiós!
¡Voy de la dicha inacabable en pos!...

Esto le dije á mi adorada Elena
con desesperación tan bien fingida,
que la infeliz, de sobresaltos llena,
no pudo menos de salvar mi vida.
Y—¡lo que es la mujer, lectores míos,
siempre que saca á relucir sus bríos—
ella, tan débil, se mostró tan fuerte,
que, sin que nadie la ayudara, sola,
me arrebató la criminal pistola
con que iba á darme prematura muerte.
(Ahora supongo que tras de ese punto
no encaja mal la observación que apunto):
la mujer agradece un sacrificio
á un hombre enamorado;
y Elena, que tomó aquel artificio
por alarde grandioso y abnegado,
pagó mi heroicidad con un ¡Te adoro!
seguido de un abrazo tan estrecho,
que yo mismo temí que su decoro
quedase allí maltrecho.
Nada pasó, para fortuna de ella;
y, agradecido á mi feliz estrella,
murmuré con la voz del pensamiento:
¡Oh, enorme dicha! ¡Me bastó el intento!

LUIS SÁNCHEZ ALÁEZ



REAL.—Está al caer.
Es decir; que si no se abre esta noche ó mañana,
del lunes no pasa.
Inaugura su temporada con *Sigfredo*, y aparte
lo atrayente de la obra, cuya música ha de ser
siempre admirada, el *clou* de la noche consiste en
el debut del maestro ó Doctor Kunwald, eminen-
cia artística que Luis Paris nos ofrece este año
para que los *chef d'œuvres* de las partituras alema-
nas, tengan la interpretación justa que en el país

de origen han tenido.
Este Doctor ó maestro (como ustedes quieran) viene precedido de
extraordinaria fama por la escrupulosidad, rayana en el fanatismo, con
que «trata» toda la música de Wagner, y así ha podido notarse en los
ensayos que han sido tantos y tan religiosamente hechos como no
es costumbre en estos países meridionales.
Claro está que Kunwald dirigirá exclusivamente ese repertorio;
pues para todo lo demás, Paris no ha prescindido del gran Campanini.
No reproduzco la lista ni anticipo juicios, porque esto me ha pare-

cido siempre *fatuo* ó *interesado*; como el debut está al caer, según
digo al comienzo, vale más aguardar éste para que en la crónica in-
mediata pueda echar las campanas á vuelo... ó doblar por alguien.

Lo que sí debo elogiar de antemano porque lo he visto, es la acti-
vidad, el esmero y el buen gusto que para todo lo preliminar viene
derrochando el simpático jefe del *establecimiento*, Luis Paris, antiguo
compañero mío de *hazañas*, aunque el Vizconde Ponson du Terrail
no le haya citado en el transcurso de mi larga historia...



Exito en toda la línea. Tenía yo la
seguridad completa de que Emilio
Thuillier daría en el clavo, y el marti-
llazo primero fué contundente, así
como los sucesivos. Hasta ahora no ha
tropezado con la herradura.

La interpretación de *García del Cas-
tañar* y de *En el seno de la muerte*, dos
obras distintas para un solo actor
verdadero, ha venido á confirmar la

opinión, muy generalizada, de que Thuillier es el único primer actor del teatro Español de que disfrutamos hoy, valga la palabra.

La anterior temporada padecimos á aquel Sr. Fuentes, cuya vida guarde Dios muchos años y cuya muerte como actor fué la exaltación al puesto de primera figura masculina del arte en España... Pero ¿a qué recordar cosas tristes? Matilde Moreno, actriz de una ductilidad maravillosa, satélite que refleja siempre la luz del astro alrededor del cual gira, criatura encantadora y promesa de mujer hermosísima, ocupa hoy dignamente el lugar que de derecho corresponde á Carmen Cobefia, y que dificultades puramente materiales le impiden ocupar hasta el mes próximo que se desembarace de ellas.

Enhorabuena anticipada á Federico Oliver.

Reservo mi postrer elogio para Agapito Cuevas, que en todas las obras representadas últimamente y con especialidad en la tragedia *Mar y Cielo*, ha consolidado su reputación de actor fácil, enérgico y arrogante.

Y sigo acordándome de aquel Sr. Fuentes... ¡Horror!



COMEDIA.—Pasado el éxito de *La Gobernadora*, lo interesante de este teatro fueron los conciertos Baüer-Casals que llevaron numeroso público.

Por cierto, que teniendo en cuenta este espectáculo y los varios extranjeros que anuncia la empresa del teatro de la calle del Príncipe, hay quien supone que el antiguo templo de Emilio Mario, quedará reducido á una especie de Salón más ó menos rouge, bleu ó vert por donde desfile toda clase de espectáculos heterogéneos, desde los excéntricos musicales hasta el noble prestidigitador.

Confiamos únicamente en *El Calvario* de Arniches.



LÍRICO.—El sol no se pone jamás en los dominios de Berriatúa.

Este Felipe II que ha hecho un Escorial para la ópera española, puede estar orgulloso de la perspectiva que todas sus empresas le ofrecen.

Refiriéndome al Lírico exclusivamente, aquello marcha como las propias rosas.

Hubo quien temió que el local no estuviese dispuesto oportunamente; pero Berriatúa lo puede todo, y al *Fiat* de su poderosa caja, quedará terminado espléndidamente el nuevo teatro de la ópera nacional que ha de inaugurarse en breve.

Como este periódico no puede malgastar líneas preciosísimas para otras cosas, no reproduzco la lista de la compañía ni la de las obras; la prensa diaria ha informado al público de todo y á mi me cumple

únicamente poner desde aquí el paño al púlpito para deciros con toda beatitud:

—Hermanos míos: ¡Gloria á Chapí que es el que tiene la culpa de todo!



Gran éxito para mis amigos Francos Rodríguez y Jackson Veyan.

El Coco es una zarzuela encantadora porque en ella han puesto los autores elementos personalísimos: Francos, su espíritu liberal manifiesto anteriormente en infinidad de obras; y Jackson su versificación exclusivamente teatral.

Lo cual no quiere decir que Francos Rodríguez no haga también versos muy bien medidos á pesar de que Romanones le haya salido cojo.

La obra, para la cual Vives (que si no es Napoleón, como quería Pepe Loma, es Amadeo por lo menos), ha hecho una música elegantísima, trata con verdadera habilidad el problema latente de las huelgas; y ante un éxito tan franco y tan merecido, me permito recomendarla al Ministro de la Gobernación para que la incluya en las huelgas *licitas* de que habla su fantástico proyecto de ley.



Hablando con el Padre Benito:

—Estamos pendientes del estreno de *Plantas y Flores*.

—¿Y cuándo va?

—Cuando Celso diga.

—¿Está todo corriente?

—Libro y música sí: decorado y sastrería es lo que más nos retrasa. Los artistas estudian. Trabajan con verdadero *amor* por lo que puede convenirles. Yo hago todo lo posible para elevar el teatro á la categoría que

debe tener. He pedido obras á los autores de más nota y todos me las han prometido; pero *en la duda*...

—¿Qué?

—Sigo haciendo *El Escalo*.

ULTIMA HORA

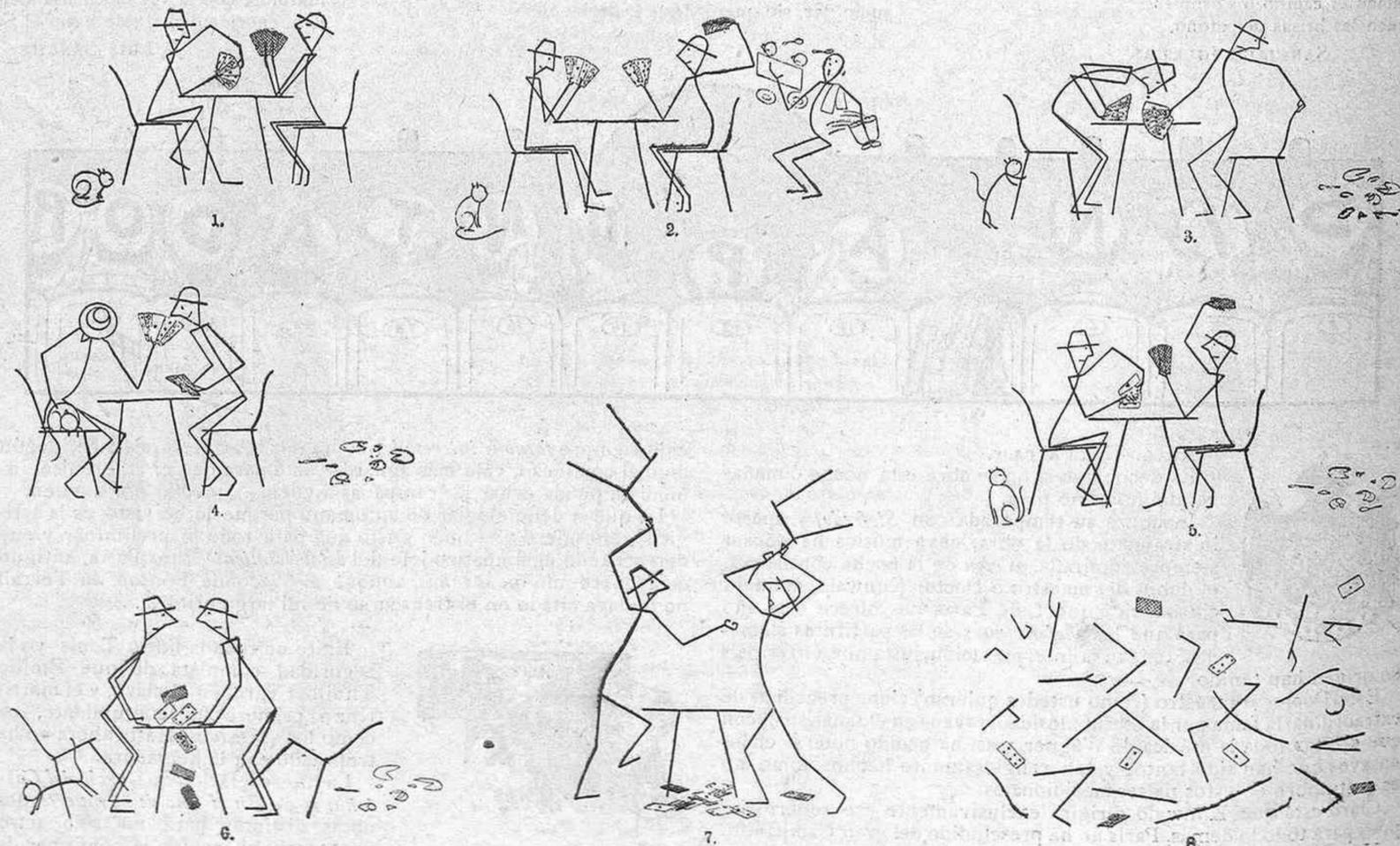
En el preciso momento en que la máquina va á empezar á funcionar llevo á la imprenta con la impresión de los dos estrenos del jueves. Hela aquí:

El Nido, de los hermanos Quintero, en Lara: un éxito muy justo; el primer acto de Serafin; el segundo de Joaquín, pero los dos ¡gemelos!

La Perla de Oriente, en el Cómico; libro de Fanosa, música del maestro Hermoso: Ni *fú* ni *fá*, pero más *fú* que de lo otro. Sin embargo, es un éxito *de contaduría*.

ROCAMBOLE

ÓRDAGO Á LA GRANDE, historieta por F. B.



PARÍS

Sentimiento eterno.

La tienda de un marmolista en las inmediaciones del cementerio Montparnasse.

La señora Breval, viuda del doctor Breval, muerto recientemente, entra acompañada de uno de los mejores amigos de su marido, á encargarse el monumento que debe perpetuar la memoria de aquel esposo por siempre llorado.

La viudita, joven y linda como una deidad del Gimnasio, al principio ha retrocedido ante tan dolorosa necesidad; pero se la ha demostrado que es preciso oír la razón, y que es preciso con los marmolistas verlo uno todo por sí mismo, si no quiere ser abominablemente engañado. Por otra parte, ella misma se ha dicho que encontraría un doloroso placer en ocuparse de los menores detalles de la última morada que deben habitar los restos mortales de su amado difunto.

Pero como no se encontraba con fuerzas para afrontar sola las terribles emociones de esta desconsoladora ceremonia, primero quiso que su madre la acompañara á casa del constructor de mausoleos; y su madre, como mujer inteligente, la hizo observar que era necesaria la presencia de un hombre para imponer cierto respeto á esa gente.

Por este motivo ha aceptado el brazo del Sr. Rochefeuil, que ya os hemos presentado como el mejor amigo del difunto Breval, de quien era también cofrade.

El Marmolista.—¿Sería indiscreción, señora, preguntar á usted qué profesión ejercía su marido?... Esto podría inspirarnos...

La Viuda (suspirando).—Era médico...

El Marmolista.—En ese caso, señora, puedo asegurar á usted que obtendrá todas cuantas ventajas me sean posibles... Los médicos hacen bastante por nosotros, y nosotros á nuestra vez...

La Viuda (interrumpiéndole).—También el señor es doctor.

El Marmolista.—¡Ah!... Estoy á sus órdenes... puesto que los médicos también mueren...

El amigo del marido.—Urge á la señora acabar de una vez esta penosa misión... por consiguiente haga usted el favor de enseñarla...

El Marmolista.—Dispense usted... Decía, pues, señora... que para un médico podríamos poner una serpiente enroscada alrededor de una urna...

El amigo del marido (con acritud).—Ese es el emblema de la farmacia...

El Marmolista.—¡Ay! es verdad... tiene usted razón... yo confundía... ¿No era el marido de esta señora miembro de alguna Academia?...

La Viuda (deshaciéndose en llanto).—Era demasiado joven para eso... ¡Y decir que nada ha podido conservármelo!...

El amigo del marido.—No tenemos nada que reprocharnos: hemos hecho cuanto hemos podido... hasta le sangré yo mismo dos horas después de muerto...

El Marmolista.—Sí, porque al cabo... como dijo el otro... si no hace provecho, no hace... Aquí tiene usted un precioso modelo... ligero y elegante... una capilla con cristalería... se puede hacer que sea el retrato del difunto la imagen del santo de su nombre... esto está ahora muy de moda en el arrabal de San Germán...

La Viuda (con tono lánguido).—¿Y qué precio tiene?

El Marmolista.—De seis á ocho mil francos...

La Viuda (de pronto).—Eso es horriblemente caro...

El Marmolista.—Y además, las capillas tienen el inconveniente de que se duerme uno en ellas... El otro día le sucedió á una señora, viuda de un banquero de la Calzada de Antin... Se encerró en la capilla con su dolor, cuando de repente, sin saber cómo, se quedó dormida con sus recuerdos... tal vez á consecuencia de alguna mala digestión... el hecho es que pasó allí la noche y á la mañana siguiente se hallaba en un estado deplorable...

El amigo del marido.—Ya lo oye usted... (con bondad). No la dejaremos á usted sola...

La Viuda (con una mirada lánguida).—Gracias...

El Marmolista.—En medio de todo, ese cementerio no es tan vulgar... hay en él muchas celebridades...

El amigo del marido.—No hemos pedido esas noticias... muestre usted á la señora otra cosa más sencilla... (con tono compungido) porque á nuestro pobre Breval le agradaba la sencillez sobre todo.

La Viuda.—¡Oh! sí.

El amigo del marido.—Hasta pecaba de demasiado sencillo... eso le impidió labrarse una posición como merecía... ¡Cuántas veces le he dicho: «Si no tuvieras que pensar más que en tí, pase; pero no piensas bastante en tu mujer!...»

La Viuda.—Amigo mío, él ya no existe... y esas reconvenções... por más que yo conozca que son justas...

El Marmolista.—¿La gustaría á usted una columna truncada?... Es una cosa seria...

La Viuda.—¿Se usa eso todavía?...

El Marmolista.—¡Vaya! es lo más corriente... eso no cae nunca... Se le podía poner una bonita inscripción...

La columna truncada admite hasta quince líneas... Vea usted... como esta, por ejemplo... (Presentando un grabado). «Aquí yace Breval...» ¿No es Breval?... Una línea... «Doctor en medicina...» Otra línea... «De la facultad de París...» Otra línea... «Modelo de padres...»

La Viuda (sollozando).—No hemos tenido hijos...

El Marmolista.—¡Qué lástima!... Bien... entonces pondríamos... «Modelo de esposos...» Otra línea... «Hijo afectuoso...» Otra línea...

La Viuda.—¿Y qué costaría toda esa inscripción?

El Marmolista.—Tres francos cada letra negra, cuatro dorada...

La Viuda.—Soy de opinión de no poner en la columna más que

El Doctor Breval...

El amigo del marido.—Tiene usted razón... ó es uno conocido, ó no lo es... Si no ha tenido tiempo de serlo, los elogios enfáticos serían ridículos...

El Marmolista.—¿Tenía condecoraciones?...

La Viuda.—No, señor...

El amigo del marido.—Porque no supo arreglarse... cuando á mí me condecoraron, podían haberle condecorado á él...

La Viuda.—No tenía los méritos que usted...

El Marmolista.—Entonces, la columna, y nada más...

La Viuda.—¡Oh! no... quiero una canastilla de piedra con flores... flores que yo cultivaré...

El Marmolista.—También se encarga de eso nuestra casa, señora, por cincuenta francos al año...

La Viuda.—¡Cincuenta francos!

El Marmolista.—Sí, señora... pero con nosotros, que venga ó que no venga, pueden estar descuidados... una viuda puede volverse á casar tranquila... no faltarán...

(La mirada de la señora Breval se cruza por casualidad con la del doctor Rochefeuil).

La Viuda.—Entonces me ahorraré...

El Marmolista.—Y hará usted bien, señora...

La Viuda.—Empiece usted en seguida los trabajos... Yo volveré... ¿Qué día estará usted libre, amigo mío?...

El amigo del marido.—Para usted, siempre...

La Viuda.—Buenos días... que esté todo bien acabadito... ¡Cómo! ¿no hay carruajes? ..

El Marmolista.—Está á dos pasos de aquí el tranvía de vapor...

El amigo del marido.—Si usted quiere, podemos comer en este barrio... conozco una excelente fonda cerca de la estación de Montparnasse, donde...

(La respuesta de la viuda se pierde á lo lejos).

PIERRE VERIN

SEGUNDO CERTAMEN DE «MADRID CÓMICO»

10.000 pesetas

POR UN CHISTE

Desde el número proximo abriremos una sección titulada:

Rasgos de ingenio,

en la que colaborarán únicamente nuestros lectores.

Rasgos de ingenio

viene á ser algo parecido á «Casos y cosas», de *El Liberal*, «Mot de la fin» ó «Nouvelles à la main», de algunos periódicos franceses.

Los originales, completamente originales é inéditos, no deben pasar de diez líneas en prosa y han de remitirse firmados por el autor, no admitiéndose los que vengan con pseudónimo, por mucho ingenio que tengan.

En esta sección se insertarán semanalmente cuantos trabajos se nos remitan y que á juicio de la dirección merezcan los honores de la publicidad, pero por ahora no tendrá derecho á premio más que aquel que figure en primer lugar en cada número, siendo el único que se publicará sin firma, hasta que el autor haya recogido el premio, dando á conocer luego su nombre en el número siguiente.

Al autor del trabajo premiado se le entregará ó remitirá por correo certificado, un décimo de la Lotería Nacional correspondiente al último sorteo del mes en que aparezca el trabajo, cuyo número publicaremos también en el periódico.

Para reclamar el expresado décimo, que se supone es de los de 3 pesetas, el autor premiado acreditará serlo enviando una copia del original objeto del premio, hecha con la misma letra y la misma firma, añadiendo su domicilio y punto de residencia.

Si el autor es afortunado, y ¡ojalá lo sea!, puede obtener por un chiste hasta

10.000 pesetas

si toca el gordo en el número que le regalemos; y ahí es nada si el autor es listo y obtiene premio en todos los números de MADRID CÓMICO: ¡se hace rico en un mes!

Si la fortuna no le ríe á carcajadas, sino que «le sonríe» únicamente, entonces no serán 10.000; pero pueden ser 4.000, 2.000, 150, 100, 75 ó 30, según la expresión de la sonrisa y, algo es algo; lo peor será que no ría ni sonría, es decir, que «no toque», aunque siempre le queda al autor la satisfacción de haber ocupado el primer lugar en la terna.

¡Con que quedan enterados,
y á por las diez mil del alá!
Que no se diga, señores,
que no hay ingenio en España.

LIBROS RECIBIDOS

El inspirado autor de *Odas*, Eduardo Marquina, el más viril de los poetas jóvenes, llamado por un célebre crítico el *magó de las imágenes*, acaba de publicar un nuevo tomo con sus más escogidas poesías, titulado *Eglogas*.

No dudamos que esta nueva obra será tan leída como discutida, pues contiene poesías como *La balada de los golfos*, que nos complacemos en dar á conocer á nuestros lectores en este número, y otras varias, que por su atrevido pensamiento llamarán la atención del público ilustrado.

Constituye el volumen XXIII de la *Biblioteca Mignon*, lleva ilustraciones de Ramón Pichot y se vende al precio de 0,75.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. G. G.—*Madrid*.—Sí, señor; se admitieron; pero como todos ustedes se han dado la mano para enviar cantares, hace usted el 2.500 lo menos; con que ¡paciencia! Como usted hay otra porción de *repatriados* líricos esperando sus *alcances* de cuatro versos.

S. P. Q. R.—*Barcelona*.—*Amorosa era poesía?* Crea usted que el amor merece otros metros y otros ritmos más *acompañados*.

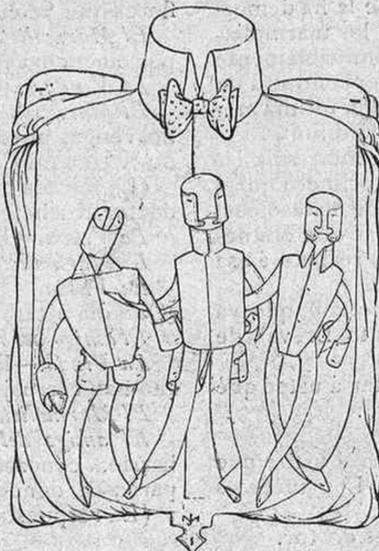
M. E.—Se aprovechará precisamente por ser tan *inofensiva*.

DOLORES DE MUELAS. Jamás los sufre quien usa á diario el único dentífrico higiénico *Licor del Polo de Orive*, 6 rs. para dos meses.

F. M. M.—*Ubeda*.—Para escribir sonetos hay que saber *medir* y usted podrá ser hortera, pero en la poesía es agrimensur.

SEGISMUNDO.—*Barcelona*.—*Corrija* usted muchas *incorrecciones* que encontrará, si se fija, y enviándomela de nuevo, quizás pueda publicársela.

¡SI SERAN FUERTES!



En cuanto que me molestes voy á darte en las narices con una de cuello vuelto de las que vende MARTINEZ 2, San Sebastián 2,

EN LA CONSULTA de enfermedades de garganta, nariz y oídos, San Bernardo, 18 duplicado, el médico especialista D. Alfredo Gallego, cura, debido á su acertado tratamiento y práctica de veintinueve años de la especialidad, la sordera, tisis laríngea, ozena (fetidez de aliento) y tumores de oídos, garganta y nariz.

M. A.—*Gijón*.—Ni nos hacen falta artículos, ni aunque los necesitásemos como el comer aprovecharíamos *ese*.

F. V. A.—*Rute*.—Sigue usted lo mismo que hace tiempo; porque eso de escupir en la sartén de los buñuelos es del peor gusto posible.

REUMA. Se alivia siempre á la primera untura del *Bálsamo antirreumático de Orive*, 2 pesetas frasco; farmacias. Exigirlo de color verdoso.

NILO.—*Santander*.—Digo á usted lo mismo que á M. A. de Gijón.

NO ES MÉRITO COMPETIR géneros de pacotilla, sino abaratar los superiores, como el Agua de Colonia de Orive. Frasco desde 3 rs. Perfumerías.

J. D. C.—*Madrid*.—

¡Dieciséis cuartillas llenas de quintillas! ¡Qué barbaridad! Para mayor pena no es ninguna buena por casualidad.

E. A. O.—Ni los *Cantares* ni la *Intima* me sirven, dicho sea en la mayor intimidad.

ADMINISTRATIVA

V. DE V.—*Zaragoza*.—E. G.—*Montoro*.—J. C.—*Ecija*.—Quedan hechas sus respectivas renovaciones.

Nota. Los corresponsales en Valdepeñas y Medina Sidonia, D. Juan Simarro y D. Conrado Moro, quedan dados de baja en esta administración por no haber cumplido sus compromisos. Rogamos á las personas que tomaban el periódico á dichos señores, que lo pidan á estas oficinas.

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4

BERNABÉ MAYOR
3, ESPARTEROS, 3
MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.
Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

SERVICIOS FÚNEBRES

La Soledad

DESENGAÑO - 10.

TELÉFONO 205

Bazar de Camas de la Latina

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

Fábrica: CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 29

Camas. — Colchones de muelles. — Colchones de varios sistemas. Nadie puede competir en precios con el Almacén

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

GAL

Petróleo para el pelo
3 y 5 pesetas.

Elíxir para los dientes
1,50

Agua de Colonia
1,50

LA JOUVENCE
14, MONTERA MADRID

DERNIERE CREATION DE MME. ANGELE

LE CORSET "LE PRINCESSE"

MATÍAS LÓPEZ. — Chocolates, Cafés, Dulces. — Oficinas: Palma Alta, 8. — Depósito: Montera, 25.